

## Tres reseñas

Presentamos a continuación tres reseñas de los respectivos tomos publicados de *Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina*, colección dirigida por Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita que ha lanzado Editorial Prometeo. Los ejercicios de revisión crítica están a cargo de las investigadoras en historia social en perspectiva de género Inés Pérez, Paula Erijman y Florencia Bertinotti. En esta introducción, hacemos nuestras sus palabras, recuperando fragmentos de sus elaboraciones.

Como señala Bertinotti, esta obra constituye una polifonía de voces e historias. Cada capítulo dialoga con diferentes agendas historiográficas pero comparten entre sí la inquietud de interrogarse por unas mujeres que vivieron en un momento y tuvieron sueños, relaciones, limitaciones, problemas y, sobre todo, agencia. Unas mujeres que elaboraron estrategias y dejaron sus huellas en fuentes que, con pericia, les autores interrogan. El pasado, ese lugar extraño, se nos muestra renovado y conflictivo, repleto de hombres y mujeres que, a la par de los vaivenes políticos y los grandes acontecimientos militares, vivían, trabajaban, recorrían las calles para procurarse un sustento para sus familias, juntaban monedas para comprar su manumisión, acudían a la justicia para demandar pagos, reclamaban, conformaban comisiones de huelga, viajaban, escribían, se casaban y enviudaban. Sus pasos quedaron registrados en una cédula censal, un testamento, un acta policial, un anuncio en un periódico, un fragmento de historia oral o una crónica de viaje. Está en la destreza de los investigadores el acercarse a esas fuentes desde preguntas renovadas que, lejos de confirmar supuestos, aportan densidad histórica a las interpretaciones.

Tanto Paula Erijman como Inés Pérez observan conexiones entre estos volúmenes y la obra también colectiva coordinada en el año 2000 por Fernanda Gil Lozano, Valeria Silvina Pita y Gabriela Ini. Erijman comenta que, durante los más de veinte años que separan ambas compilaciones tuvo lugar una notable expansión en los estudios sobre las mujeres en Argentina. Este crecimiento se montó sobre una idea más amplia de lo que puede considerarse como evidencia histórica y sobre un cambio en las preguntas y nudos problemáticos más explorados. Esto se hace evidente al comparar el segundo tomo con la obra publicada en el 2000. Si anteriormente existía el interrogante sobre la disponibilidad de fuentes adecuadas para estudiar a las mujeres, hoy

es sabido que se puede construir historia a partir de una amplia variedad de recursos, que van desde una receta de cocina hasta la publicidad de un electrodoméstico. Por otra parte, *Historia de las Mujeres* había estado organizado en torno a temas como la sujeción y el cautiverio, la desapropiación y reapropiación del cuerpo y otros asuntos de impronta foucaultiana. En contraste, las colaboraciones del tomo 2 de *Nueva Historia* se enfocan en las experiencias de trabajo y los modos de hacer política y reclamar derechos de las mujeres, tópicos más emparentados con la historia social del trabajo en perspectiva de género. Pérez, por su parte, analiza que veintitrés años después de la publicación de la primera *Historia de las Mujeres en la Argentina*, los estudios de género no solo han crecido en volumen, temas y aproximaciones, sino que también han generado nuevas preguntas e interpretaciones, que buscan comprender en qué sentidos las mujeres transformaron las dinámicas históricas, con qué márgenes de agencia y en el marco de qué disputas. Identifica que la obra dirigida por D'Antonio y Pita recupera estas discusiones a partir de intervenciones situadas, que evitan los esencialismos y las generalizaciones, y destacan la heterogeneidad de dinámicas sociales marcadas por la diversidad regional. Celebra que lo haga, además, en una clave que, sin perder la rigurosidad, busca interpelar a un público amplio, para llegar no solo a las bibliotecas universitarias, sino a las de los sindicatos, escuelas, organizaciones feministas, centros de estudiantes. Para ello, propone un doble registro: el del texto principal, escrito en un lenguaje directo, cuidado, carente de jergas y abrumadoras citas y referencias; y el de las imágenes y epígrafes, que sitúan a quien leen en un tiempo y espacio concretos y abren líneas de reflexión que complementan el argumento desarrollado en cada capítulo. Las imágenes, que provienen de distintos repositorios y son en su mayoría inéditas, no funcionan como ilustraciones sino como soporte de una reflexión paralela que permite profundizar aspectos puntuales y abrir lecturas que exceden las planteadas en el texto principal.

De parte de quienes hacemos la revista *Mora*, agradecemos a Paula, Inés y Florencia y esperamos que la lectura de estas reseñas, síntesis reflexivas de cada uno de los tomos publicados, sirva como celebración de la aparición de estos libros y como invitación a acercarse a ellos.

# *Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina (vol. I)*

Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita (dirs.) (2023). Buenos Aires, Prometeo, 287 páginas.



Florencia E. Bertinotti

Instituto de Investigaciones de Estudios de Género, Universidad de Buenos Aires, Argentina  
florenciabertinotti@gmail.com

Este tomo I aborda un problema fundamental de la historia social y es cómo podemos acercarnos al pasado con preguntas que se interrogan por aquello que es poco evidente, lo que es particular y específico de unas experiencias que no son fácilmente reconocibles a primera vista sino que requieren una lectura a contrapelo y sumamente atenta de las evidencias. A fin de cuentas, cómo podemos pensar las trayectorias de estas mujeres de manera de no achatarlas, desplegando su complejidad, sus aristas y sus contradicciones. En la introducción, sus autoras llaman a este libro un “caleidoscopio” y ciertamente no encontré una palabra mejor para definirlo. Con el correr de las páginas el lector se sumerge en un universo de historias sobre unas mujeres, unos acontecimientos y unas circunstancias situadas. Lejos de conceptualizaciones teleológicas, las y los autores buscan desenredar la maraña de relaciones y acontecimientos que constituyen el pasado y mostrar los procesos con toda su complejidad pero haciéndolos aprehensibles, tanto para el lector informado en el tema como para un público más amplio.

Tener la capacidad de romper esa barrera de endogamia académica es un mérito que merece subrayarse y que se aprecia, por un lado, en la elección sensible y meditada de las imágenes, que no solo acompañan el texto sino que dialogan con él y abren la puerta a nuevas preguntas que lo retroalimentan. El lector, curioso, puede ver las fotografías, pinturas o grabados y preguntarse por esos rostros, esas vestimentas, escenarios, objetos. ¿Se los imaginaba de esa manera? ¿Se figuraba esa escena en las palabras que leyó en la página anterior? Pero no es solo en el arte visual que el libro resulta atrapante para el público más heterogéneo. Lo es también en la prosa amable de sus autores que, sin dar nada por sentado, nos narran sus historias a la vez que desarrollan sus argumentos, sus hipótesis, nos explicitan sus preguntas y sus diálogos y nos abren la puerta a los caminos por revisar.

El libro es una compilación que consta de una introducción, escrita por las directoras, y doce capítulos que transitan el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. En el primer capítulo, Florencia Guzman recorre la participación de unas mujeres negras

durante el final de la colonia y el inicio de la República, en un contexto de cambios a nivel jurídico que afectaron directamente la vida de los esclavizados, como la prohibición de la trata y la ley de libertad de vientres de 1813 que evitaron la reproducción de la esclavitud desde el vientre materno. La autora menciona también la numerosa cantidad de hombres que marcharon a la guerra en esos años como factor que favoreció, aún más, la participación de estas mujeres en la economía, al tiempo que desmembraba las familias de sectores más bajos. El emplearse como amas de leche representó para estas mujeres, esclavizadas, libertas o libres, una posibilidad de empleo que, en virtud de sus características específicas, estaba asociado con el mundo de la domesticidad y con un momento particular de la vida reproductiva, en otras palabras, eran mujeres que habían parido hacía poco tiempo y tenían (o no) un hijo propio con ellas. A su vez, Guzman rastrea en los avisos periódicos las posibilidades de trabajo de las mujeres africanas y sus descendientes, así como también las denuncias que establecían en la justicia reclamando el reconocimiento de su libertad, el cese de malos tratos, un pago adeudado o, incluso, mantenerse cerca de la criatura que estaban amamantando y criando.

En el segundo capítulo, Marisa Davio indaga en las labores que llevaron adelante unas mujeres que acompañaron a sus parejas al campo de batalla y asumieron roles activos, crearon sentidos de pertenencia y fueron fundamentales en la alimentación y cuidado de la fuerza de combate en tiempos de guerra. Se pregunta qué trabajos realizaban, tanto civiles como militares, y de qué manera podemos encontrarlas en el espacio público cumpliendo tareas de cuidado, reclamando pensiones, espiando las tropas enemigas, entre otras funciones. Esta investigación pone en jaque un pretendido paisaje militar de tropa uniformada, masculina y homogénea y nos devuelve una vista mucho más compleja y conflictiva, con desobediencias, tensiones en torno a la autoridad, hombres que marchaban con sus mujeres, mujeres cuidando enfermos, cocinando, realizando labores de costura, brindando satisfacción sexual, en fin, labores habitualmente asociadas a una domesticidad que ahora se encontraba, no sin problematizaciones, en el campo de batalla.

El tercer capítulo aborda las problemáticas en torno a la espacialidad y la cultura material de unas mujeres en la ciudad de Córdoba, durante las primeras décadas del siglo XIX. Cecilia Moreyra recurre en fuentes documentales como herencias e inventarios para rastrear los objetos cotidianos que revestían importancia para algunas mujeres, tanto de la elite como de clase trabajadora, y que entrañaban relaciones sociales a su alrededor, ya fuera con su uso (como en el caso de los estrados) o a través de su transmisión por medio de dote o herencia. La autora nos invita a sumergirnos en espacios íntimos y cotidianos, usualmente olvidados, para conocer esos patios, tocadores y ventanas donde las mujeres tejían redes y alianzas familiares, conversaban, circulaban saberes e información, formaban vínculos, meditaban en soledad u observaban lo que ocurría en su entorno. El estudio de estos objetos personales, su disposición y utilidad nos informa sobre prácticas sociales diferenciadas y generizadas que nos permite comprender cómo vivían estas mujeres y sus familias en un momento y lugar específico, y nos habilita la pregunta crucial y complicada de cómo eran los espacios cotidianos que habitaban.

El cuarto capítulo de la colección es un trabajo de María Elena Barral dedicado a indagar en los roles que tenían unas mujeres en el desenvolvimiento cotidiano del culto católico durante las décadas de 1820 a 1836 en Buenos Aires. Se interroga por el lugar público que ocuparon estas mujeres prominentes de sus comunidades en tanto feligresas comprometidas que formaron y dirigieron cofradías, organizaron procesiones, arreglaron templos y altares, bautizaron cuando el sacerdote estaba ausente y, algunas, realizaron importantes aportes económicos a sus parroquias. Pero lo que me resulta más estimulante del trabajo de la autora es la pregunta por las relaciones que estas feligresas tuvieron con los curas de sus parroquias y cómo algunas de ellas se hicieron con argumentos religiosos para intervenir en el discurso público. Además de ser destinatarias de publicaciones periódicas supieron redactar las propias, aportando su visión sobre el modelo de maternidad republicana y cristiana y reclamando, como parte fundamental de este ideal, la educación de las mujeres.

El capítulo cinco del libro, escrito por Magdalena Candiotti, aborda los caminos que llevaron adelante unas mujeres esclavas para conseguir su libertad en un período que la autora denomina “tiempo de los libertos”. Un problema fundamental del proceso de abolición gradual es que no brindó herramientas nuevas a aquellas mujeres que habían nacido antes de 1813, puesto que la Libertad de Vientres no era

retroactiva y, a diferencia de los hombres, no accedían a la libertad por la vía del servicio militar. Esta situación nos permite comprender mejor sus trayectorias de vida y las estrategias que emplearon para intentar manumitirse, que fue la auto compra o la libertad por gracia, si es que podían negociarla. De esta manera, el camino hacia la abolición definitiva no fue lineal y estuvo marcado por fuertes sesgos de género. Por otro lado, Candiotti señala a la libertad de vientres como una política que no evitó la disgregación de la familia esclava, lo que es más, muchas madres no pudieron impedir que sus hijos libertos fueran apartados de ellas debido a que muchos años no querían mantener bajo patronazgo a unas criaturas que, a fin de cuentas, no eran enteramente de su propiedad. La figura del patronazgo no fue una experiencia homogénea. Por un lado, la libertad de vientres garantizó una abolición gradual sin perjudicar la propiedad de los esclavistas y muchos niños y jóvenes libertos siguieron inmersos en diferentes formas de dependencia y asociados mayormente al servicio doméstico, aun cuando no eran jurídicamente esclavos. El patronazgo, en la práctica, perpetuó la apropiación de fuerza de trabajo de esos niños pero, a sabiendas de que a cierta edad podrían reclamar su libertad completa, muchos esclavistas no quisieron conservarlos y cedieron en venta el patronazgo de estos niños. La autora sigue el recorrido de algunos esclavos y libertos, en una estrategia metodológica que refuerza la necesidad de complementar los datos estadísticos con investigaciones cualitativas que pongan en valor estas experiencias.

El sexto capítulo, escrito por Gabriela Mitidieri y Cecilia Allemandi, aborda los trabajos de costura y de servir durante la segunda mitad del siglo XIX. Resulta sumamente interesante cómo las autoras ponen en evidencia diferentes formas de arreglos laborales, como el conchabo, la colocación, los contextos de encierro, cohabitación, los aprendices e incluso los patronatos, y nos muestran un universo de trabajo sumamente complejo y, a veces, con fronteras difusas entre distintas ocupaciones. Seguir las experiencias de trabajadoras pobres nos permite cuestionar un supuesto historiográfico que asigna un sentido lineal según el cual, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, el mercado de trabajo en Buenos Aires habría tendido hacia la expansión u homogeneización de relaciones asalariadas entre agentes libres. Por el contrario, las autoras demuestran que los trabajos de servicio doméstico y de costura eran sumamente heterogéneos e incluso, en ocasiones, no percibían salario alguno. Estas mujeres estaban inmersas en un universo de jerarquías donde la edad, la raza, el género o el origen eran criterios de demarcación.

El capítulo siete, de Valeria Silvina Pita, continúa cronológicamente situado en la segunda mitad del siglo XIX pero se interroga por las estrategias que emplearon unas mujeres trabajadoras en Buenos Aires para procurarse el sustento. El fiado, los pagarés, el crédito y la pignoración fueron algunas de las herramientas a la que echaron mano para agenciarse el día a día ante las dificultades económicas y, sobre todo, para subsistir en una sociedad con escasa liquidez. Sin embargo, es interesante notar cómo la autora distingue con sensibilidad las diferentes situaciones y jerarquías que existían en ese mundo de precariedad entre quienes, por ejemplo, podían tener un puesto en el mercado, un objeto valioso para empeñar o quienes no tenían otra salida que tomar un crédito o evadir las obligaciones contraídas. A su vez, se pone de manifiesto cómo la justicia de paz fue un ámbito al cual se dirimían conflictos en torno a deudas, reclamaciones y aparentes malentendidos. Este texto nos hace volver a un asunto que abordamos anteriormente sobre la cultura material y cómo podemos conocer más del cotidiano de estas mujeres y sus relaciones a través de los objetos que ponían en circulación.

El octavo capítulo, cuya autora es María Bjerg, recorre los derroteros de unas mujeres migrantes durante la segunda mitad del siglo XIX y sus experiencias para abordar problemáticas referidas a la temporalidad, la espera, las expectativas y desencantos. La muestra elegida por la autora no pretende ser representativa en términos cuantitativos sino que nos permite acercarnos a las vidas de unas mujeres que cruzaron el océano en busca de un destino diferente de bienestar económico y tuvieron que sortear dificultades, carencias y una vida precaria. Los relatos volcados en estas páginas nos invitan a pensar en los imaginarios que tenían estas mujeres, las relaciones sociales que entablaron antes y después de llegar al país, las promesas que guardaban y las estrategias que elaboraron para sortear los conflictos y violencias que debieron atravesar con el correr de los años.

El capítulo nueve de Mónica Szurmuk analiza las crónicas de viajes de mujeres para analizar sus experiencias de desplazamiento y acercarnos a un mundo que difícilmente podríamos conocer de otra manera. Esos espacios íntimos y cotidianos, mediados por la mirada y la pluma de estas mujeres tan diferentes entre sí, son una ventana para comprender un poco de esos lugares desconocidos y extraños para el lector contemporáneo. La autora llama “archivos hospitalarios” a estos escritos, puesto que conforman un registro excepcional en su clase, sumamente distinto a cualquier otro tipo de fuente, y son un documento privilegiado para acercarnos a una forma de ver el mundo.

En el décimo capítulo, el antropólogo Diego Escolar investiga los repartos indígenas en la zona de cuyo a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. El trabajo pone el foco en las experiencias de algunas mujeres y sus hijos, recuperando sus padecimientos como cautivos pero alejándose del imaginario de exterminio comúnmente asociado a este suceso. Utilizando testimonios de sobrevivientes que fueron registrados en la década de 1940, el autor recupera la voz de unas sujetas y, a través de una lectura atenta y refinada, nos muestra como esas mujeres reelaboraron en sus recuerdos aquel suceso de su pasado. El rol de la Iglesia a través de los bautismos y padrinzos fue no solo de legitimación sino que tuvo el objetivo concreto de cortar los lazos de parentesco de los niños con sus padres y sustraerlos de sus familias y comunidades. Por último, rescata la agencia de esas mujeres que fueron arrancadas por la fuerza de sus tolderías en la Patagonia, para quienes la fuga o el apelar a un origen familiar noble fueron necesarias estrategias de supervivencia.

El capítulo once sigue el camino de la Comisión o Sociedad Médico Quirúrgico Italiana y a sus miembros en un recorrido que se inició en Europa y terminó en Sudamérica. Los protagonistas que recorren las páginas hicieron uso de un lenguaje que legitimaba sus pretensiones y construyeron una credibilidad en el seno de la sociedad porteña. A través de este caso particular, las autoras Ana Carolina Arias, Susana García e Irina Podgorny abordan los problemas en torno a la construcción de identidades y redes de sociabilidad, los desplazamientos y la ciencia como una construcción colectiva y situada, que responde a necesidades y fines particulares.

El último capítulo del libro, cuya autora es Silvana Palermo, se pregunta por los espacios y roles que ocuparon las mujeres involucradas en las huelgas ferroviarias en el Ferrocarril Central Argentino de 1912 y 1917. A través de una comparación y análisis de ambos procesos de lucha gremial, la autora recupera la experiencia de la huelga en el espacio público y en la intimidad de los hogares obreros. El ámbito doméstico, atravesado por la politización y jerarquizado por nociones de género y edad, era lugar de encuentro y descanso para los trabajadores del tren y, a su vez, un escenario de trabajo permanente para las mujeres que velaban por sus familias. Analizar los trabajos realizados por ellas, quienes formaron comisiones, participaron en las medidas de fuerza y asumieron labores de cuidado, significa poner a las redes familiares como soporte fundamental para el sostenimiento y continuidad de las huelgas.

## *Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina (vol. II)*

Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita (2023). Buenos Aires, Prometeo. 296 páginas.



Paula Erijman

Universidad de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.  
pau.erijman@gmail.com

En este segundo tomo de Nueva Historia de las Mujeres en Argentina, un primer grupo de estudios se puede vincular con los mundos del trabajo. En particular, algunas investigaciones se focalizan en las prácticas laborales que se dieron dentro del espacio doméstico. El capítulo de Paula Caldo indaga la escritura y publicación de compilaciones de recetas de cocina entre 1865 y 1914. Esto le permite examinar repartos del trabajo entre mujeres signados por indicadores raciales y de clase. Además, analiza cómo estos ejemplares recogieron, dieron valor e hicieron públicos unos saberes femeninos de la vida cotidiana, al tiempo que reforzaban tradiciones vinculadas a la identidad nacional y al lugar doméstico de las mujeres.

También Yolanda de Paz Trueba se adentra en los trabajos que se dieron en los hogares al rastrear las experiencias de muchachas colocadas en zonas alejadas de las grandes ciudades. Yolanda examina los distintos sentidos y expectativas que podía generar una colocación en la provincia de Buenos Aires entre 1890 y 1920 y lo que sucedía cuando esas ideas no se cumplían en los hechos. La retención indebida de las infancias, la negación del peculio o el incumplimiento de acuerdos como la debida alimentación, vestido o educación fueron algunos de las situaciones que atravesaron esta práctica laboral no reconocida como tal.

Inés Perez y Rebekah Pite investigan experiencias de las llamadas domésticas entre 1928 y 1959, poniendo foco en una faceta poco explorada del trabajo doméstico: el consumo familiar de productos. Las autoras no sólo examinan la adquisición diferencial de distintos bienes, sino que también estudian el lugar que éstos ocupaban en la configuración de las expectativas, la definición del bienestar y la regulación de las desigualdades sociales en términos más amplios. Evidencian que mientras muchas publicaciones de artículos de uso doméstico fomentaron la idea de que su consumo conduciría a la liberación de las mujeres a través de la reducción del tiempo de trabajo, este “salto al paraíso” no se verificó en la práctica.

Omar Acha rastrea las experiencias de otro grupo de mujeres que trabajaron en viviendas particulares: la de las trabajadoras domésticas durante el primer peronismo. Identifica una convivencia entre ciertas mejoras económicas y simbólicas con otros hechos que revelaban la existencia de tensiones sociales y de género. La idea de la doméstica deshonestas y falta de moral recorrió tribunales, comisarías y medios de comunicación. A la vez, los patrones varones y sus hijos a menudo les exigieron favores sexuales. El estudio de estos anhelos, prácticas y vínculos le permite a Acha plantear una discusión con las interpretaciones que ponderaron la armonía social en este período, dejando de lado el peso de la clase.

Otras investigaciones analizan las experiencias de mujeres que enfrentaron distintos tipos de violencias, abusos e inequidades en el trabajo e indagan sus modos de lidiar con esas situaciones y negociar en esos contextos. A partir del caso de Raquel Liberman, Cristiana Schettini desarma distintas narrativas construidas alrededor del trabajo sexual en las décadas de 1920 y 1930. Su investigación prueba que las interpretaciones que vieron a las jóvenes inmigrantes como mujeres que estaban atrapadas en poderosas redes criminales en general omitieron las propias concepciones que estas mujeres tenían sobre el trabajo sexual y la importancia del poder que les otorgaba el dinero. Así, la autora demuestra que allí donde había violencia y coerción también podía haber elecciones, negociaciones, conocimientos y estrategias.

Por su parte, Graciela Queirolo analiza las experiencias laborales de las empleadas administrativas entre mediados de la década de 1930 y mediados de la década de 1950. Muestra que las dactilógrafas, taquígrafas y secretarías gozaron de una distinción material y simbólica en relación a otras trabajadoras, pero estuvieron en posiciones de inequidad respecto de empleados y empleadores varones. Sus salarios fueron más reducidos, sufrieron abusos de poder y tuvieron que lidiar con acosos sexuales, verbales y físicos. En el capítulo se argumenta que estas características sobrevivieron cuando se ampliaron las instancias de formación y profesionalización y creció la

permanencia de las mujeres en sus puestos de trabajo.

Otros capítulos se pueden agrupar en torno a las experiencias políticas de mujeres. En particular, algunos trabajos estudian los procesos de demanda y conquista de derechos. En este sentido, el capítulo de Florencia D'Uva dirige la mirada hacia las viudas de trabajadores ferroviarios entre 1902 y 1924 y se pregunta por las redes de solidaridad y ayuda mutua que permitieron la supervivencia de estos hogares. Lejos de acompañar algunos pareceres de la época que presentaban a estas mujeres como receptoras pasivas de solidaridad y compasión, el escrito pondera su rol activo en la búsqueda de indemnizaciones, subsidios y otros apoyos, así como en la construcción de sentidos y prácticas de solidaridad.

Florencia Gutiérrez también presta atención al rol activo de un grupo de mujeres en favor de sus derechos. Su capítulo explora las experiencias laborales y demandas de mujeres en el mundo del trabajo azucarero tucumano a lo largo del primer gobierno peronista. Su intención es ampliar una noción industrial del trabajo de fuerte carácter androcéntrico y centrada en el universo sindical. Gutiérrez registra una inserción en el mercado de trabajo moldeada por criterios de género y destaca cómo las acciones de las mujeres impulsadas en defensa de sus hogares o de la propia comunidad azucarera se conjugaron con demandas en favor de sus propios derechos como trabajadoras.

Por su parte, Ludmila Scheinkman indaga a unas obreras y sus vínculos con mujeres de la alta sociedad nucleadas en las escuelas de fábrica de la Liga Patriótica entre 1920 y el golpe de Estado de 1930. La autora estudia los márgenes de autonomía de las trabajadoras y argumenta que muchas de ellas pudieron haber utilizado las escuelas en su propio beneficio, más allá de las intenciones de la Liga. El escrito permite complejizar la mirada sobre los movimientos nacionalistas y católicos al observar más allá de sus aspectos más represivos y poner el foco en otro tipo de métodos para alejar a las obreras del gremialismo y las izquierdas.

El capítulo de Ana Laura Martín y Karina Inés Ramacciotti analiza el derrotero de la enfermería en la primera mitad del siglo XX, poniendo el foco en los esfuerzos de muchas mujeres para que la enfermería ganara reconocimiento social y económico y un mayor espacio de intervención en el mundo sanitario. También examinan los motivos que llevaron a muchas jóvenes a interesarse por esta actividad, destacando

los cambios acaecidos en las décadas del cuarenta y cincuenta.

Otro grupo de trabajos se ocupa de diversas intervenciones militantes y políticas de mujeres. Es el caso de Laura Pasquali, que incursiona en la participación femenina en organizaciones antifascistas en las décadas de 1930 y 1940. Su análisis permite pensar el antifascismo como un fenómeno que albergó una gran heterogeneidad social, étnica y religiosa. La autora muestra que para algunas mujeres el antifascismo fue una consecuencia de otros activismos y para otras la puerta de entrada a la vida política. Más allá de sus diferencias, el capítulo resalta las acciones de unas mujeres que habitaron el espacio público llevando adelante actos, recolectando firmas, haciendo pedidos de financiamiento, tocando las puertas de legisladores y diplomáticos y alertando sobre la importancia de la lucha que estaban dando.

También María José Billorou analiza los modos en que las mujeres se embarcaron en política a partir del caso de las maestras pampeanas en la primera mitad del siglo XX. Muestra que el hecho de ser educacionistas les permitió ganar notoriedad, prestigio y vínculos con autoridades educativas al tiempo que las llevó a conocer normas, procedimientos burocráticos y algunas problemáticas cotidianas. Fue gracias a estos saberes y posiciones que las maestras se erigieron como referentes en las cooperadoras escolares y que impulsaron servicios médicos y de alimentación para los estudiantes. No es extraño entonces que algunas de ellas se incorporaran a los ámbitos políticos formales del territorio pampeano: ya habían desarrollado una práctica política en su rol de gestoras, negociadoras y planificadoras del espacio escolar.

Por otro lado, Carolina Barry estudia la actividad de las mujeres que vigilaron e informaron sobre la actividad de los obispos, párrocos y religiosas al gobierno peronista entre 1954 y el golpe de Estado de 1955. Las llamadas espías intervinieron en el conflicto entre el peronismo y la Iglesia elaborando informes sobre sermones y confesionarios, haciendo denuncias a la policía, quitando carteles e incluso pidiendo explicaciones a sacerdotes. Al hacerlo, erosionaron las jerarquías instaladas y tensionaron los sentidos que le otorgaban a las mujeres un rol tradicional.

En suma, el libro constituye un aporte fundamental en tanto pone en valor una amplia y sugerente producción local y hace una necesaria apuesta por erosionar miradas androcéntricas, esencialistas, dicotómicas, anacrónicas, evolucionistas y poco situadas históricamente. Asimismo, a través de numerosos

estudios de caso se brindan herramientas para ampliar las nociones de política y de trabajo. En este sentido, aparecen politizadas las experiencias de mujeres que, aún situadas por fuera de los ámbitos más tradicionales para el ejercicio del poder y la lucha por derechos, reclamaron lo que creían justo para sí y para sus comunidades, tejieron redes de solidaridad y ayuda, se organizaron para defender sus ideas e instaron por reconocimiento social y económico para sus ocupaciones. Además, se hace una importante contribución a las investigaciones sobre el trabajo sexual y el doméstico, a partir de la renovación de los interrogantes y de un interés por rescatar la agencia femenina y las propias concepciones de las protagonistas acerca de su realidad. De este modo, se cuestionan las miradas que han pensado las vivencias de estas trabajadoras en términos armónicos, homogéneos, estereotipados o victimizantes.

Para quienes hacemos historia, muchos de los modos de periodizar también constituyen una invitación a desnaturalizar los recortes temporales organizados en torno a fenómenos económicos o políticos ajenos a las experiencias de los sujetos. Asimismo, es posible pensar el auspicioso empeño del libro por

descentrar las investigaciones en términos territoriales y por incursionar en espacios alejados de las grandes ciudades como base para ahondar las conexiones entre geografías y escalas diversas. La historia de las mujeres continúa siendo un campo sumamente fértil de estudios, que sigue aportando y dialogando con numerosas historiografías. A la vez, desde una perspectiva que piense las experiencias generizadas en términos relacionales, esta historia podría verse beneficiada por investigaciones que tomen algunas de sus formas para indagar a grupos sociales que tensionaron la dicotomía identitaria varón-mujer en diferentes tiempos históricos.

### Bibliografía

Gil Lozano, F., Pita, V. e Ini, G. (2000). *Historia de las mujeres en la Argentina, colonia y siglo XIX*, tomo I. Taurus.

Gil Lozano, F., Pita, V. e Ini, G. (2000). *Historia de las mujeres en la Argentina, siglo XX*, tomo II. Taurus.

\*\*\*

## *Nueva Historia de las Mujeres en Argentina (vol. 3)*

D'Antonio, D. y Pita, V. S. (dirs.) (2023). Buenos Aires, Prometeo, tomo III, 321 páginas.

### Inés Pérez

Universidad Nacional de Mar del Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.  
inesperezgioia@gmail.com

El tercer tomo, que es objeto de esta reseña, tiene su centro de gravedad en período que va de la década de 1950 a la de 1970, un tiempo menos transitado por la historia de las mujeres y los estudios de género. Los capítulos abordan distintos problemas, que tributan a la historia política, social y cultural, muchas veces de manera simultánea, y poniendo en tensión categorías centrales para cada uno de esos campos. A lo largo del tomo, la política desborda los canales institucionales, para aparecer en rituales funerarios, gestos de seducción, festejos de carnaval; lo laboral incluye actividades que se enmarcan difícilmente en el trabajo asalariado –por su temporalidad, por las formas en que son retribuidas–; y el análisis cultural permite identificar ansiedades, tensiones y disrupciones de los cánones establecidos.

La dimensión política es un eje que atraviesa varios de los capítulos que componen este tomo, que subrayan no solo la presencia de las mujeres en distintos ámbitos de la vida pública, sino también la forma en que ellas modificaron los debates, las demandas, y la propia definición de lo político. El capítulo a cargo de Adriana Valobra, por ejemplo, se detiene en las experiencias de las primeras mujeres legisladoras en la Argentina. La autora reconstruye los debates sobre la posibilidad de que las mujeres fueran electas como representantes y discute la interpretación de acuerdo a la que su accionar reprodujo una lógica maternalista, mostrando, en cambio, su vinculación a los problemas sociales y económicos de los territorios que representaban, y a cuestiones clave como el divorcio, los derechos de las trabajadoras domésticas y la igualdad de los hijos.

Los capítulos de Ana Noguera e Ivonne Barragán abordan la militancia femenina, dando particular relevancia a la sindical. Noguera analiza dos experiencias que tuvieron lugar en Córdoba entre 1973 y 1975, el Frente de Mujeres del Partido Revolucionario de los Trabajadores y la Comisión de Mujeres en el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), y observa que ambas organizaciones mantenían una tensión entre las figuras de la

compañera, la protagonista, la acompañante (de un varón) a partir de la que significaban y promovían la participación política de las mujeres. Barragán, por su parte, toma el caso del Astillero Río Santiago, en Ensenada, centrándose en las dos mujeres que, en 1973, fueron elegidas como representantes sindicales de sección. Por la segregación laboral por género que imperaba en el astillero, que excluía a las mujeres de las actividades que requerían fuerza, ambas eran trabajadoras administrativas. Desde ese lugar, lograron disputar las demandas que fueron incorporadas en el Convenio Colectivo de Trabajo firmado en 1975, que incluyeron reivindicaciones propias, como las vinculadas a la vestimenta de trabajo y la creación de una guardería.

Los capítulos de Lucía Santos Lepera y de Isabella Cosse, por otro lado, analizan otro tipo de acciones políticas. Santos Lepera señala el borramiento de los límites entre lo público y lo privado en los ritos que siguieron a la muerte de Eva Perón en Tucumán. Los homenajes no solo tuvieron lugar en las escalinatas de la casa de gobierno, en las escuelas, o en las sedes sindicales, sino también en la casa de militantes, y conjugaron lágrimas, rezos, flores, candelabros y cruces. Los funerales muestran los modos en que se imbricaron el dolor colectivo, las creencias religiosas, la participación política, y la construcción de posiciones de poder y liderazgo dentro del peronismo tucumano. El capítulo de Isabella Cosse, por su parte, avanza algunas décadas hasta fines de los sesenta y comienzos de los setenta para problematizar el lugar de las mujeres en las movilizaciones estudiantiles en Tucumán. A partir de registros fotográficos, Cosse indaga la gestualidad, el cuerpo, la sensualidad y el erotismo, y así construye una mirada más compleja sobre las experiencias y prácticas políticas de las mujeres en este período.

Por último, los capítulos de Débora D'Antonio y de Valeria Manzano problematizan los efectos del quehacer político de las mujeres. D'Antonio toma dos acontecimientos que ocurrieron en 1971, en los que grupos de mujeres presas políticas lograron fugarse

de cárceles que, hasta ese momento, eran gestionadas por religiosas del Buen Pastor. D'Antonio no solo relata los recursos y las estrategias a los que las presas políticas apelaron para escapar, sino que muestra que los episodios de las fugas fueron clave para que las cárceles de mujeres pasaran a manos del Servicio Penitenciario, lo que se traduciría en el aumento de la violencia estructural hacia las mujeres privadas de su libertad. El texto de Manzano, en cambio, se centra en las acciones de distintos grupos, en particular la Liga de Madres de Familia, que, por vía de la intervención cultural, buscaron contener las transformaciones sociales y culturales que caracterizaron la década de 1960 y 1970. Manzano indaga las ansiedades que surgieron frente a la emergencia de la juventud como actor político, y la forma en que se construyó la figura del enemigo interno en los medios masivos de la época, articulando género, sexualidad y subversión.

El capítulo de Manzano puede pensarse como bisagra entre los textos más enfocados en la historia política y aquellos que, sin perderla de vista, abren el espectro para pensar las disputas generadas en el ámbito de las representaciones, las identificaciones y la cultura. En esta clave, Lea Geler, Carmen Yannone y Alejandra Ejido, por ejemplo, relatan la historia de las mujeres afroargentinas que habitaron Villa Cartón, un barrio de casas precarias construido en los años cuarenta por la municipalidad de Buenos Aires. Las autoras muestran la centralidad de las mujeres, y de las “redes domésticas” de apoyo que construyeron, en el sostenimiento de sus familias, pero también otorga una gran relevancia a instancias de celebración y encuentro como los carnavales, y a tradiciones como el *candombe*, en tanto que soporte de unas identidades colectivas que fueron clave en la resiliencia de una comunidad marcada por la discriminación.

Las fotografías personales son el eje a partir del que, en el capítulo de su autoría, Andrea Torricella pone de relieve las tensiones con que algunas mujeres habitaron las convenciones sobre familia y género en las décadas centrales del siglo XX. Torricella identifica repertorios y formas de representación que entrecruzan lo personal y lo político y destacan el lugar de las visualidades para construir unas identificaciones que muestran incomodidad con los mandatos y las jerarquías familiares, y contribuyeron a transformarlos. El capítulo de Gustavo Blázquez, por su parte, aborda la historia del cuarteto y destaca el protagonismo de mujeres como Leonor Marzano, Mirta Morosini de Martínez y Norma Seia en la creación y consagración de este género musical en Córdoba entre las décadas de 1940 y 1970. Como señala Blázquez, las mujeres fueron actrices clave en la creación del ritmo y las

convenciones estilísticas del cuarteto, así como en el impulso a orquestas que contribuyeron a imponer su sonoridad, y en las apuestas comerciales a partir de las que se buscó ampliar su público.

La pregunta por el dinero es otro de los ejes que atraviesan este tomo. El capítulo de Débora Garazi aborda los usos del dinero de quienes cada año veraneaban en Mar del Plata, y también los de quienes, con su trabajo, sostenían los servicios que hacían posible esas vacaciones, en un análisis que muestra la imbricación de trabajo y consumo. Garazi no solo pone de relieve las transformaciones en el mercado de trabajo que promovió la democratización del veraneo, y las nuevas dinámicas laborales que conllevó, sino que observa las diferencias en los usos de salarios, propinas y laudos, dineros marcados para fines específicos, imbuidos de sentidos vinculados a la forma en que habían sido ganados.

Las retribuciones del trabajo también son claves en el capítulo escrito por Laura Rodríguez Agüero y María Florencia Linardelli, que indaga las condiciones de vida y de trabajo de las contratistas en la producción de la uva en Mendoza entre las décadas de 1960 y 1980. La comprobación de la falta de retribución del trabajo femenino –doméstico y no doméstico– permite ganar complejidad en las reflexiones sobre las desigualdades que atraviesan las relaciones familiares y el trabajo que se realiza en ese marco. Finalmente, el capítulo de Selva Olmos también vuelve sobre las mujeres y el dinero, en particular sobre su lugar en la acumulación y transmisión del patrimonio familiar. Olmos analiza la participación de las mujeres en los negocios familiares haciendo foco en el caso de La Pampa entre los años veinte y cincuenta del siglo XX, y muestra cómo la transmisión del patrimonio muchas veces se decidía en el ámbito doméstico, siguiendo unos patrones de género que desafiaban el modelo igualitario de herencia que regía en el sistema normativo argentino. Ahora bien, el capítulo también pone de relieve que las mujeres, en particular las viudas, contribuían activamente a delinear esas estrategias que diferenciaban y jerarquizaban a sus hijos e hijas, siendo partícipes en la reproducción de las desigualdades de género.

En conjunto, el volumen ofrece una mirada de las décadas centrales del siglo XX que articula distintas voces y dimensiones analíticas, situando el análisis en diferentes espacios geográficos, y subrayando la agencia de mujeres que, desde múltiples posiciones, modificaron el devenir histórico. Como una cebolla, el libro admite lecturas en capas: la densidad de los argumentos, los debates en los que se enmarcan, la

sutileza en el trabajo con distintas evidencias históricas, subyacen al registro ligero y con detalles pintorescos que se advierte en una primera aproximación, en una clave que gana aún más complejidad en el cruce con el relato paralelo construido a partir de las imágenes y los epígrafes. En este sentido, es un

material atractivo y novedoso para la reflexión que puede ser llevado a distintos públicos y usado con sentidos diversos. Sin dudas, se trata de una obra de referencia que marcará un hito en el campo de la historia de las mujeres y los estudios de género.